

SUSANA ROTKER. (2005). *Bravo pueblo. Poder, utopía y violencia*. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va.

Bravo pueblo es solo una muestra más de la imprescindible labor intelectual que Susana Rotker llevó a cabo a lo largo de su vida, interrumpida absurdamente en el año 2000. El doloroso trabajo que le ha tocado a Tomás Eloy Martínez –el de revisar y editar los archivos (algunos ya publicados en revistas o como prólogos, otros estrictamente inéditos o en versiones corregidas, diversas, pues, a las ya publicadas) de Susana Rotker, para darlos a conocer– es una empresa heroica, pero necesaria. Así como *La invención de la crónica* (Rotker, 2005), *Bravo pueblo* da cuenta de una comprometida pasión latinoamericana, de una lucidez de pensamiento que se articula desde la limpieza expresiva de la escritura y que se funda, evidentemente, en esa honda “devoción investigadora” (p. 7) que, como bien dice Martínez, caracterizó y formó a Rotker y de la que todos sus libros anteriores son ejemplos indudables.

Bravo pueblo reúne aproximaciones a tres grandes tópicos no siempre bien analizados de nuestra cultura: desde la fundación de la idea de nación o la primera lectura de Venezuela en la crónica de Oviedo y Baños, pasando por la consolidación original y problemática de esa misma nación en el pensamiento de la emancipación (Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Fray Servando Teresa de Mier), hasta lo que esa nación constituye –desde la imagen gobernadora de la urbe y el terror cotidiano de habitarla– en los tiempos que corren y cuyo mejor termómetro estaría constituido por la crónica periodístico-literaria actual, por esa literatura urgente que da cuenta del presente desde el presente, a viva voz y en sangre y sudor, corriendo, sin las demoras y cuidados que el tiempo permite y casi exige a la *literatura pura*.

La primera sección del libro, “La fundación literaria”, contiene ese único gran capítulo “Oviedo y Baños: la fundación literaria de la nacionalidad venezolana” (pp. 13-62), que sirvió de prólogo a la estupenda edición de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* de la Biblioteca Ayacucho, y que, en aquel entonces, apareció firmado a cuatro manos por Tomás Eloy Martínez y Susana Rotker (1992). El texto analítico de Rotker y Martínez es impecable. Es un continuo hacerse preguntas en torno a la idea de la fundación de una escritura y de la idea de nación que ella representa. El

axioma de ambos autores es que Oviedo y Baños, al escribir su *Historia*, conjuga realidad y ficción, documento e invención, historia y fábula. Por lo tanto ese libro fundamental y fundacional no solo *cuenta* la historia de nuestro país, sino que al contarla también la *crea*. Así la lectura es doble, y contempla dos ejes cardinales de la narración que en este caso más que nunca se hacen inseparables: geografía e historia, espacio y tiempo. La *Historia* de Oviedo y Baños deviene uno de esos textos primordiales y originarios para buscar la imagen de América en Occidente, lo que el nuevo continente significará para el viejo, lo que ese intercambio de culturas será en el mundo entero. Los autores parten de la idea mallarmiana de que “enunciar significa producir” (p. 20) y así, en Oviedo y Baños, nombrar cada cosa por vez primera es también fundar cada una de esas cosas en el orden de la realidad. Discurso que hace mundo, ya se sabe.

La segunda idea importante del texto tiene que ver con que la *Historia* es una de las primeras grandes crónicas del continente. Así que sirve también de modelo de estudio para las manifestaciones originarias del género cronístico en Latinoamérica, crónicas fundacionales cuya hibridación contemplaba básicamente las disciplinas de la historia y la literatura, así como la mezcla de hoy día se enfoca más en la suma y conjunción de periodismo y literatura. Lo que no deja a un lado la idea de que las tres disciplinas, en realidad, hayan estado entonces y ahora juntas. Hacia los primeros años de 1700 (fecha de escritura de la *Historia* de Oviedo y Baños) no existía como tal el periodismo, pero el texto de Oviedo tal vez tuvo entonces el rol que tienen hoy nuestros textos periodísticos: en el hacer literario de la historia se informa también sobre el mundo, se hace noticia, se da cuenta de la realidad. Y vale lo mismo para el rol del periodismo actual. Ya se ha dicho muchas veces, la crónica periodístico-literaria narra la historia actual. La historia que se escriba en el futuro, la que hable de un pasado que habrá sido nuestro presente, no podrá obviar todo aquello que las crónicas actuales dejan sentado sobre el mundo real. Así, por ejemplo, las crónicas de Pedro Lemebel serán fundamentales para entender la historia de Chile, la vida de sus habitantes, durante la dictadura de Pinochet; o las crónicas de José Roberto Duque darán cuenta fidedigna de la sangrienta historia de Caracas en la década de los 90, de cada uno de los abusos de poder cometidos, de una sociedad e institucionalidad corruptas, del desamparo de los habitantes de la urbe, víctimas en potencia, como dirá Rotker en sus ensayos finales del presente libro. Son muchas otras las ideas que Rotker y Martínez contemplan en su acucioso estudio sobre el libro de Oviedo y Baños. Vale acaso

nombrar solo algunas de las más interesantes, sin detenernos tanto como sería necesario en ellas por meras razones de espacio: el asunto de la verosimilitud y la imparcialidad imposibles del cronista-historiador-literato, la estructura y la naturaleza literarias de su texto, la influencia y la presencia en su *Historia* de lo que el autor había leído, el papel de la crónica histórica como elemento axial de la memoria de los pueblos, la escritura como única arma efectiva contra el olvido, lo barroco, las nociones de ciudad, la representación histórica de grandes personajes, la cual es en realidad creación literaria, hombres que fueron reales pero que han terminado siendo míticos –el Tirano Aguirre, por ejemplo– y la idea de la nación venezolana “como algo abierto, como una promesa sin límites” (60), una percepción que tal vez hoy, de vez en vez, nos parezca no haber cambiado mucho.

La segunda sección del libro, “Emancipación y utopía” (pp. 63-161), empieza con el ensayo panorámico: “Pensamiento innovador: del Iluminismo a la Independencia” (pp. 65-86), que presenta una lectura sagaz del imaginario desarrollado en Latinoamérica durante la época independentista así como de los mecanismos a través de los cuales ese imaginario se constituyó en algo distinto, desde mucho antes, desde el descubrimiento. Lo latinoamericano, entonces, leído como hijo de Europa, sí, pero joven y nuevo, otro y a su altura, para poder negociar con el viejo continente y para, asimismo, distinguirse de él. Rotker analiza el entramado de las ideas que desde el Iluminismo y la Revolución Francesa hasta la independencia americana conformarán el complejo imaginario que domina nuestra cultura en los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Pero revisará esas ideas en tanto nuevas y diversas, luego de las mutaciones y variantes infinitas a las que las obliga la transculturación. Ideas otras, pues, que parten de las viejas ideas europeas, pero que llegan a superarlas, en franco diálogo y debate con ellas. Partiendo de documentos varios y extractos del pensamiento de Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Simón Bolívar, Enrique José Varona, José Cecilio del Valle, Fray Servando Teresa de Mier, y José María Morelos (algunas de estas figuras le servirán a la autora para explorar asuntos afines y con más detenimiento en los siguientes ensayos del libro), además de los casos históricos de rebelión en Latinoamérica (Gual y España, Chirinos, José Díaz, por ejemplo), Rotker intenta desentrañar las particularidades de nuestro imaginario y la configuración de los procesos que lo determinan, con similitudes y diferencias (entre las islas del Caribe, Centroamérica y Sudamérica) a lo largo y ancho del continente americano.

El siguiente ensayo “Juramento del Monte Sacro: la identidad como negación de la historia” (p. 87-97), continúa esa misma exploración desde el documento de Bolívar. La autora se pasea ahora con atención por ese viejo asunto de la potencia de una imagen (literaria, pictórica o *ambas dos inclusive*) en la invención de los fundamentos de una nación. Presenta, así, con la lucidez que la caracteriza, un detenido estudio sobre cómo la veracidad autoral y la fuente certera del documento pierden importancia ante lo que este llega a significar para los venezolanos, en tanto constituye una imagen primera, fundacional, de nuestra idea de nación. Y se explora en cómo participan en el proceso de creación de esa imagen no solo Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Tito Salas, los *creadores directos* de esta, sino muchos otros seres, instituciones e ideas, en un largo y complejo tejido de sentidos varios que le dan a ese *monumento* el rol de piedra angular de nuestro siglo XIX, tal y como lo había sido mucho antes la imagen de Colón, mar y carabelas de fondo, quien clavaba en tierra firme una cruz: síntesis gráfica del descubrimiento y de la conquista del nuevo continente.

El ensayo posterior, “Simón Rodríguez: la carcajada más seria del siglo XIX” (pp. 99-117), rescata la obra de uno de nuestros intelectuales fundacionales, uno de los pocos que en su época hablaba desde lo que Rotker llama *la acera de enfrente*. Desde la distancia y oposición que sostuvo con y hacia el orden establecido, que criticó y trató de cambiar infructuosamente, la obra de Rodríguez revela el carácter genial de un hombre en mucho adelantado a su época. Su escritura, según él mismo, buscaba “descubrir *diferencias*, donde el común de los hombres no ve sino *semejanzas*, ó viceversa” (p. 101). A partir de allí el escritor desarrolla una obra, una visión de mundo y un pensamiento que, formalmente, se adelantan de casi un siglo a los caligramas de Apollinaire; y discute las ideas del pensamiento ilustrado de la época, las de Sarmiento y Bello, por ejemplo, en ámbitos distintos. Rotker intenta poner sobre el tapete la obra e ideas de un hombre cuyo discurso “es una interrupción del discurso oficial, un cortocircuito que pone en evidencia la maquinaria maquilladora del campo ideológico” (p. 101). Y desde esa escritura irreverente que es casi pintar ideas, organizarlas plásticamente en la página atendiendo a los sentidos específicos que ese orden genera, Simón Rodríguez estudia y cuestiona la idea de nación y los sistemas políticos de las sociedades latinoamericanas. Su escritura extraordinaria y revolucionaria, naturalmente, fue desatendida por los intelectuales del momento, casi tachada y borrada del panorama de nuestra cultura, ya que iba abiertamente

en contra del orden y el sistema establecidos. Aún hoy, ese olvido pesa sobre la obra de Rodríguez. Rotker intenta desnudar la gravedad de tal desmemoria y, rescatando la ironía de Rodríguez, la claridad de sus ideas, lo curioso de sus formas, echa en cara a los lectores venezolanos –con toda justicia– que he allí una obra al alcance de todos y, sin embargo, en las manos de ninguno.

El último ensayo de la segunda parte, “Las *Memorias* de Fray Servando” (pp. 119-161) es quizás tan demorado y cuidadoso como el texto sobre Oviedo y Baños. Da cuenta de una lectura detallada y sutil de la lectora sagaz y perceptiva que fue Susana Rotker. Ya desde las primeras líneas, el estudio señala el punto de vista, la importancia, el tono, y la claridad expositiva de su autora. La importancia de las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier es que estas nos invitan a “mirar la historia al revés y, por lo tanto, mirarla como debe ser” (p. 119). La idea general del ensayo circula alrededor de ese asunto del cambio de panorama: los verdaderos salvajes no son los americanos, sino los europeos. Los testimonios del fraile dan con lujo de detalles y un magnífico sentido del humor infinitas razones para apoyar esa tesis. Ya “los Otros” no son los indios, dice Rotker. A partir de la obra del mexicano, los Otros serán los europeos. Europa es leída, entonces, como la tierra de lo salvaje, ridículo y grotesco. La cuna de la burocracia y sus horrores, de lo sucio, escandaloso y arbitrario; de sistemas políticos infames y de funcionarios públicos que hacen gala de su infinita ignorancia. Un golpe duro, en suma, para las ideas sobre el nuevo y el viejo continente que se manejaban en ambos polos del mundo, en la alborada del siglo XIX. Sin embargo, quien propugna el golpe –Rotker no lo olvida– es un sujeto que escribe sus *Memorias*. Y la escritura testimonial pasa, también, por el tamiz de la ficción. De modo que hombre que piensa y se expresa es a la vez hombre de carne y hueso y sujeto ficcional, o recreación de sí mismo como personaje. Así, Fray Servando es hombre de transición y es desde la transición –de lugares y tiempos, de geografía e historia, de realidad y ficción– desde donde deben ser evaluados su originalísimo y megalómano, a ratos, discurso, su disparatada e increíble historia, su vida extraordinaria, las aventuras de quien se enfrenta al poder y huye perpetuamente de él, de los castigos del clero inquisitorial, de Napoleón, del virrey o del emperador, una historia fabulosa que recrearán y mitificarán autores como Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac y otros ensayos* (1983) y Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante* ([1967], 1980), una vida sobre la que también el José Lezama Lima de *La expresión americana* (1969) posará su ojo críticamente comprensivo y genial. El análisis de Rotker nunca abandona el complejo contexto

de la Europa napoleónica y del México de los siglos XVIII y XIX, donde el peso del clero era absoluto y la imagen de la Virgen de Guadalupe se había convertido ya en uno de los símbolos fundacionales de la idea de la nación mexicana, junto a la imagen de Quetzalcóatl. Por el contrario, basándose en un conocimiento detallado de la historia y las ideas de la época, nuestra autora da su lugar, espesor e importancia a las *Memorias* del fraile, escritas en un período de transición, entre el barroco y el romanticismo, entre la colonia y la independencia, entre América y Europa, entre la Iglesia, la academia y el gobierno, entre los hervores y fervores de esas épocas particularmente complejas y problemáticas que son los umbrales de un nuevo siglo.

La tercera sección, “La ciudad violenta” (pp. 163-221), tiene como núcleo temático la ciudad latinoamericana, con cada uno de los peligros que en ella constituyen la vida cotidiana. Quizás ningún género como la crónica pueda dar cuenta con mayor eficacia de estos tópicos vertiginosamente actuales. Se trata de un género híbrido que en Venezuela, tal vez, nadie haya estudiado con tanto cuidado como Susana Rotker. Por eso, el primer ensayo, “La crónica. Género de fin de siglo” (pp. 165-176), traza una breve y bastante completa historia de la crónica en Venezuela, escudriñando el panorama de su producción desde los textos de Arístides Rojas, Enrique Bernardo Núñez, José Rafael Pocaterra y Guillermo Meneses, a finales del siglo XIX y principios del XX, hasta bien entrado este último, y ya casi en su cierre, con las crónicas de José Roberto Duque, en la década de los 90, uno de los mejores índices testimoniales y narrativos del estado de desastre de la Caracas que aún hoy, cuando la primera década del siglo XXI toca su fin, empeora de manera galopante. El panorama no solo se detiene en las características formales de la crónica modélica y en su capacidad de registrar los cambios sociales como ningún otro género, sino también en los casos excepcionales, en cada uno de los desvíos y cauces abiertos, en las múltiples variaciones que la flexibilidad genérica y la hibridez le permiten a la crónica. Así, Rotker se detiene sobre todo en la década de los 80 y analiza de manera sintética la obra cronística de José Ignacio Cabrujas, Elisa Lerner, Ben Amí Fihman, Sergio Dahbar, Milagros Socorro y tantos otros hombres y mujeres que han repartido sus vidas entre el periodismo y la literatura, o entre el periodismo y otras disciplinas tan distintas como la gastronomía, la historia, la política, la moda, la justicia.

El segundo ensayo, “Ciudades escritas por la violencia” (pp. 177-196), se retira un poco del asunto de las formas (lo literario no se abandona, pero no es ya el objeto central de este discurso) y se queda con el tema de la ciudad y la

violencia. La ciudad es vista por Rotker como un texto, la violencia es la escritura de ese texto, los signos de esa escritura serían la sangre, los cadáveres, las víctimas potenciales de todos los delitos que son el pan nuestro de cada día en las grandes urbes y, sobre todo, en las capitales latinoamericanas. Así pues, los lugares en los que se enfoca el análisis de la autora no son solo los pocos textos literarios que han descrito y escrito la violencia urbana, sino también las ciudades mismas donde esa violencia opera. La violencia como ética y poética de la urbe. Entre los textos literarios que Rotker contempla, los *géneros altos* no son los más abundantes. Unos pocos novelistas, por ejemplo, se han acercado al tema del miedo en la ciudad, de los crímenes cotidianos, de las muertes y atropellos, de las cifras de estos que en las páginas rojas crecen con la ferocidad de un virus fatal sin que nadie ya se alarme demasiado. Se trata de esa música que de tanto sonar va dejando de ser escuchada. Fernando Vallejo, Laura Restrepo, Rubem Fonseca o Juan Villoro son solo algunos de los nombres que en su escritura han tomado la violencia de la vida en las grandes urbes como carne, alma y sentido de la palabra. De resto, el género que más y mejor se ha ocupado del tema no ha sido otro que la crónica. José Joaquín Blanco, Pedro Lemebel y José Roberto Duque, entre tantos otros, han ocupado los espacios de la prensa y el libro para decir esas ciudades desde las múltiples gamas de la violencia. Pero no solo la literatura, decíamos, es el objeto de estudio de Rotker para pensar la violencia de la urbe. Lo es la urbe misma. Lo son sus habitantes. São Paulo, Rio de Janeiro, Caracas, Ciudad de México, Cartagena, Bogotá o Medellín, pueden ser leídas en su caos, su miedo y su sangre derramada, como textos simbólicos mucho más efectivos del problema. Los policías y militares, los malandros y los paseantes, los barrios, las cárceles, las zonas de mala muerte o los centros comerciales de la clase alta, media o baja –con la ilusión de seguridad que crean–, todo en el tejido urbano pasa por el tamiz de la violencia, de la manera en que la violencia determina la vida de muchos o de todos, en una ciudad latinoamericana. Este texto sirvió de prólogo al libro *Ciudadanías del miedo* (2000), del que Rotker fue editora y al que se puede acudir para ampliar el tema.

El tercer ensayo, “Las nuevas víctimas” (pp. 197-207), insiste en la exploración de los temas del anterior. Las lecturas y los autores se repiten, y la ciudad y sus habitantes siguen siendo el texto mayor en el que la autora lee el miedo, ya tópico literario, y la *víctima en potencia*, sujeto protagónico de esa novela en veremos que las reflexiones de Rotker predicen y esperan. El tono del texto es otro, quizás porque fue

escrito para ser leído en una mesa sobre los Derechos Humanos en la Universidad de Drew (New Jersey, USA). Un ensayo sintético, pues, que aborda de nuevo el asunto del miedo; revisa la violencia de la urbe y su escritura; analiza el problema que un fenómeno como este representa y parece encontrar la piedra de tranca en el olvido del Otro, en la casi exclusiva consideración, ante el problema de la violencia, del Nosotros. Después de mucho pasearse por los ríspidos asuntos de los crímenes y abusos de poder que los habitantes de la urbe viven cotidianamente y sobre los cuales los cronistas han puesto con demorada atención el ojo de su escritura, Rotker solo se atreve a concluir que el panorama es evidentemente desastroso desde la visión de los implicados –ya como cronistas que miran y cuentan esa violencia, ya como habitantes de la urbe que padecemos–, lo que hará inevitable que todos, de una u otra forma, repitamos “la poética de la interpelación paranoica” (p. 201).

El cuarto ensayo, “Sálvese quien pueda’. Notas sobre el Caracazo” (pp. 209-221) cierra el libro poniendo en escena uno de los acontecimientos más importantes en la historia venezolana de las últimas décadas. Acontecimiento que las nuevas generaciones de narradores –Eloy Yagüe y Héctor Bujanda, por ejemplo, en dos recientes novelas ganadoras de concursos nacionales importantes– ya están haciendo suyo para convertirlo en imagen novelística de peso en el panorama de la literatura actual. El 27 de febrero de 1989 como el hito más alto de un malestar que se arrastraba y tomaba forma desde el Viernes Negro¹ y que se convertirá en una suerte de fecha divisoria de la historia del país. Según Rotker –quien no habla desde la gratuidad, la arbitrariedad o la subjetividad absoluta, sino desde el cuidadoso análisis de cifras, escenas, fotografías, testimonios, crónicas, entrevistas y artículos de opinión de gente con posiciones ideológicas muy diversas ante el devastador estallido social que después de mucho gestarse en el malestar cotidiano terminó sucediendo con la brutalidad lógica y natural de los fenómenos sociales que marcan rupturas absolutas en la historia– el 27 de febrero marca el comienzo del siglo XXI en Venezuela. Así como la dictadura gomecista había retrasado notablemente la entrada de la nación en el siglo XX, el 27 de febrero adelanta el paso de Venezuela al siglo XXI casi una docena de años. Las crónicas y artículos del período, los textos analíticos que se han escrito años después, coinciden en señalar que diversos procesos políticos, económicos y sociales, gestaron ese día apocalíptico y terrible,

¹ En Venezuela, se llama *Viernes Negro* al 18 de febrero de 1983. Ese día, mediante un decreto de Luis Herrera Campins (Presidente electo para el período 1979-1984), la moneda venezolana cambió su paridad de bolívares 4,30 por dólar norteamericano a bolívares 7,30.

que “los síntomas alarmantes de una sociedad en descomposición” (p. 212) estaban a la vista de todos y que el 27 de febrero solo quitó un velo que tal vez no existía. Pero ese hito histórico, que cambia la historia del país, y hace germinar el sistema social, político y económico que hoy padecemos, no ha cambiado de ninguna manera el hecho de que esa sociedad continúe su proceso de descomposición de manera galopante. Vuelve Rotker, así, a lo que los ensayos anteriores de esta misma sección habían planteado. Venezuela es uno de los países con los más altos índices de criminalidad, corrupción e impunidad. Antes o después del 27 de febrero, las cifras de las víctimas siguen siendo desoladoras y siguen aumentando con una velocidad que nunca deja de desafiar y ridiculizar las proyecciones estadísticas. Esté frente al poder de la nación un Carlos Andrés Pérez, un Rafael Caldera o un Hugo Chávez, ese horror cotidiano, esa *ciudadanía del miedo*, esa escritura de la ciudad en sangre siempre caliente, inagotablemente derramada, no parece haber variado sino acaso para hacerse cada vez más frecuente e intensa.

Así cierra el libro, siempre desde la vocación general del panorama, en combinación con la elección de ciertos momentos muy específicos de la historia y la cultura para poner en escena los problemas, las peculiaridades, la idiosincrasia de nuestra nación. Como radiografiando fragmentos o retazos de un país y de su *bravo pueblo*, desde el siglo XVII hasta el siglo XXI. Una nación que se funda, desde la escritura, en la crónica histórica de Oviedo y Baños. Una nación que es pensada y que ha establecido sus imágenes primordiales en la obra y el pensamiento de grandes hombres como Fray Servando Teresa de Mier, Simón Bolívar y Simón Rodríguez. Una nación cuyo cuerpo textual tal vez solo pueda ser leído hoy desde ese género híbrido y ese *oficio de la urgencia* que constituye, a decir de Milagros Socorro, el periodismo literario. Y leer la nación, bien lo intuía Susana Rotker, es la mejor manera de dar cuenta del *bravo pueblo* que la habita y padece.

Roberto Martínez Bachrich
Universidad Central de Venezuela
robmarbach@gmail.com